



Experimento: oscuridad

Por Teresa Pérez Landa

La oscuridad siempre da miedo, y quien diga lo contrario, miente. Cuando hay oscuridad nuestros miedos y nuestros actos más reprobables son más reales, todos en algún momento de nuestra vida lo hemos experimentado.

Una mañana como cualquier otra el señor Montero entró en mi despacho de la universidad con una propuesta un tanto peculiar. Él estaba entusiasmado, le habían dado carta blanca para llevar a cabo el estudio que llevaba años persiguiendo y que le permitiría escribir su obra maestra. Estaba tan exultante que hasta me había traído un café —con leche y sacarina, como a ti te gusta— dijo con un brillo en sus ojos que nunca antes había percibido en él. El estudio trataba del miedo, pero los sujetos que participasen en el mismo no podían saber que estaban participando o la veracidad de los resultados se vería comprometida. Se sentó sin pedir permiso en una de las sillas que había al otro lado de mi escritorio y me explicó que un miembro de la junta tenía un contacto muy allegado en el ayuntamiento y accedió a mediar por él. Acababa de llegarle un email del propio ayuntamiento confirmándole que tenía permiso y que el

experimento se llevaría a cabo el próximo viernes siempre y cuando la universidad corriera con todos los gastos derivados del mismo. —Bueno, eso no es problema, la universidad ha aprobado una partida para gastos que será más que suficiente—.

Cuando salió de mi despacho transcurrieron unos minutos en los que no podía ni mover un músculo del cuerpo, estaba anonadada. Pretendía dejar sin luz a todo un barrio durante una noche y estudiar las reacciones de los sujetos, que serían las personas que vivían en ese barrio y que no tendrían conocimiento alguno de que iban a ser ratas de laboratorio, y no solo eso, pretendía asimismo que yo le ayudara documentando audiovisualmente todo cuanto pudiera; otros ayudantes estarían infiltrados dentro de algunos de los bloques de viviendas y otros, en las calles, para tomar notas. —Tu parte es sencilla, graba y ya está—.

No supe qué decirle, había salido de mi despacho convencido de que iba a participar en aquello. Y en el fondo, sabía que no me quedaba más remedio porque era mi jefe y mi puesto de trabajo dependía enteramente de sus evaluaciones.

Cuando el viernes empezó a atardecer allí estábamos todos sus ayudantes, y el propio señor Montero. ¿De verdad pensaba que iba a sacar suficiente material de aquella tonta locura como para poder hacer un estudio? Yo estaba convencida de que la gente se acordaría de la madre de todos los trabajadores de las compañías eléctricas por la comida que se les iba a descongelar y porque no iban a poder ver la televisión o utilizar el ordenador. Sin embargo, nadie me había preparado para lo que vería aquella noche.

La oscuridad llegó y con ella el apagón: todas las calles aledañas, todas las casas, sumidas en la más completa oscuridad. Los primeros minutos sólo se oían llamadas y gritos, nos informaron los ayudantes que estaban en los bloques de viviendas. “Lógico”, pensé. Tras media hora todo empezó a tornarse tan oscuro como oscura estaba la noche. Las alarmas de los comercios no sonaban, por lo que los pillajes comenzaron a producirse, escaparates rotos y bandadas de gente llevándose de todo. Los dueños de los mismos se habían acercado para proteger sus

negocios, en vano, porque no solo no consiguieron que no les robaran sino que además fueron agredidos, uno de ellos, un hombre de mediana edad, tan sanguinariamente y sin sentido que falleció delante de mi cámara, le habían clavado un cuchillo en el corazón. Su mujer, que estaba con él, profirió un grito que me dejó la sangre helada. Algunas de las personas que vivían allí bajaron para ayudar y empezó una auténtica batalla. Aquel hombre no fue el único que murió. La sangre corría por la calle como un río que desembocaba en las alcantarillas. Los perros aullaban, desesperados. Pensé que estaban oliendo toda esa locura en el aire de la noche. Otro de los ayudantes me llamó, estaba en el pasillo de uno de los bloques de viviendas, en la sexta planta, dentro de uno de los apartamentos una mujer pedía ayuda desesperada. Él había gritado asimismo pidiendo ayuda pero nadie había acudido, así es que tiró la puerta abajo y entró, guiado con la linterna del móvil fue recorriendo habitación por habitación buscándola, hasta que por fin la encontró, muerta, petrificada con una expresión en el rostro que no tenía definición posible, era como si acabara de ver algo tan aterrador que le había provocado un infarto. El pobre chico no sabía qué hacer.

—Manuel, baja, aléjate de esa casa, ahora mismo.

—Pero Laura, si abandono el experimento este hombre es capaz de despedirme.

—Creo que esto se le ha ido de las manos, aquí abajo hay muertos también, parece como si estuviéramos en una guerra, te lo juro, tengo miedo.

—Yo también tengo miedo. Bajaré. ¿Dónde estás tú?

—En la esquina de tu edificio.

Esperé, pero Manuel no bajaba, así que decidí subir yo. Tampoco tenía mucha más luz que la de la cámara y la del móvil. Al ir subiendo por las escaleras con cuidado, peldaño a peldaño, una sensación asfixiante se iba apoderando de mí. Noté cómo algo o alguien me rozaba, supuse que eran vecinos que estaban desalojando el edificio, seguramente, ya se habría corrido la voz sobre la muerte de esa pobre mujer, pero a cada piso que subía me encontraba peor. Sombras, susurros, a veces algún grito en los pisos

superiores... No llegué a ver a Manuel, no llegué a ver nada más ni sé qué sucedió a continuación, simplemente, de repente todo se volvió oscuridad sobre la oscuridad a mi alrededor. No sé dónde estoy ni cómo salir de aquí, no sé cuánto tiempo ha pasado desde aquel viernes desgraciado y miserable. Solo sé que la oscuridad da miedo, y quien diga lo contrario, miente.